

10 cts.

H  
056  
R4257rep  
C.P.

REPRODUCCION



**Tomo II, N.º 21**

Administración y primer lugar de venta: Botica de La Dolorosa.

Precio: 10 céntimos el ejemplar de 24 páginas.

Descuento a los compradores de 10 o más ejemplares de una misma fecha: 25 %.



# Reproducción

Tomo 2º, Número 21 — 30 de Marzo de 1920

Director:

**Elias Jiménez Rojas**

San José, Costa Rica.

Partado 230

## SUMARIO

1. *Del uso en sus relaciones con el lenguaje* — M. A. CARO
2. *La tradición federalista francesa* — CHARLES BRUN
3. *La divinización del padre* — JULIO CAMBA
5. *Fragmento* — M. F. SUÁREZ

Administrador:

**Manuel Gutiérrez González**

La Dolorosa

Imprenta Greñas



## Del uso en sus relaciones con el lenguaje

*Discurso leído ante la Academia Colombiana en la junta inaugural de 6 de Agosto de 1881.—  
Trazos escogidos por E. J. R.*

### I

Uso es sinónimo de costumbre y a las veces de moda: la costumbre, como el interés, como el gusto, es varia, y la moda caprichosa; y modas y costumbres cambian y se diversifican con los lugares y con los tiempos. Sin más norte que el del interés o el del gusto, ¿cómo sabremos, dados intereses contradictorios, o entre desavenidos gustos, cuál es interés legítimo y cuál ilegítimo, cuál es gusto puro y cuál depravado? Y sin otra base que el uso, ¿cómo juzgaremos en materia de usos, habiendo varios y no conformes entre sí? Si nos atenemos a la razón del mayor número de individuos que siguen un uso, hallaremos un medio, aunque no seguro, de fijar el mérito comparativo de usos contemporáneos, pero no acertaremos a confrontar unos con otros, para dar la preferencia al que la merezca, los usos que en épocas sucesivas llevaron, cada cual en la suya, la sanción de la mayoría.

Por este camino llegaríamos a la teoría

fatalista, aplicada por M. Latham a la crítica del lenguaje: todo lo que se ha usado *fué* bueno, *es* bueno todo lo que se usa; y bueno *será* todo lo que haya de usarse. Sería la historia del lenguaje una mera sucesión de usos igualmente buenos, o mejor dicho, ni buenos ni malos: no cabría en el lenguaje perfeccionamiento alguno, ni tampoco decadencia: no habría principio filosófico por donde pudiese el crítico, siguiendo a la lengua patria en su marcha y variaciones, señalar sus altibajos, sus épocas de mayor pureza o corrupción, sus pérdidas y ganancias; ni serían tampoco poderosos los escritores, estudiando las leyes y contextura del idioma, a promover su desenvolvimiento progresivo. En suma, la teoría que principia por fijar el uso como única norma del bien decir, acabará mal que pese a sus sostenedores, si es lógica en sus conclusiones, negando toda norma racional en materia de lenguaje.

No ha sido ciertamente esa teoría gramatical, si este nombre merece, entendida por todos de una misma manera; pero todos, o casi todos, la admiten en principio, sin desazón de conciencia.

Observad, señores, que en la esfera literaria las doctrinas que entronizan el gusto general o la razón del mayor número, no

han provocado la ardiente contradicción que en el orden moral y político. La razón de esta diferencia nos sale al encuentro sin buscarla. Aunque el lenguaje intime relaciones con la cultura nacional, y señale los grados de civilización de cada pueblo, con todo, las cuestiones filológicas, por vivo que sea el interés que despierten en claras y bien educadas inteligencias, no alcanzarán jamás la altísima y trascendental importancia que acompaña a las grandes cuestiones morales y políticas. No todo gobierno, no toda religión satisface a las necesidades primarias de la vida industrial, social y espiritual; pero cualquier idioma, por tosco y rudo que sea, concede lo que a la facultad de hablar piden esas propias urgentes necesidades. Cuando un pueblo se ve amenazado en su independencia, la lengua nacional se engrandece y endiosa a sus ojos; y si ha incurrido en la proscripción decretada por gobiernos usurpadores o tiránicos, refúgiase en el hogar doméstico, y entre los lares que venera la familia es objeto de culto cariñoso. Fuéramos de estos casos excepcionales, el pueblo habla la lengua que ha recibido por tradición, sin conocer ni sospechar siquiera la clase de tesoro de que dispone, y la poetiza o la aplebeya sin conciencia de sus actos.

Que esto haga el vulgo, es natural y se comprende sin esfuerzo; pero las mismas excusas por ningún caso son aplicables a los literatos y eruditos, que investigando y descubriendo las leyes del lenguaje, no sólo le manejan por mero instinto de imitación, sino que le cultivan con arte, como un instrumento cuya forma y fines científicamente conocen.

Los filósofos que soñaron con la creación de una lengua universal no sólo dieron por sentado, implícitamente, que el uso no es norma del lenguaje, sino que desechando todo punto de apoyo no tomaron lengua alguna, entre las usadas, por base de su fábrica convencional. Filólogos modernos que con apasionada predilección consideran la facultad de hablar como la única que distingue y ennoblece al hombre sobre todas las criaturas, conceden en cierto modo, por este hecho, a la ciencia del lenguaje la primacía entre todas las especulaciones antropológicas. ¿Y cómo había de elevarse el estudio de las lenguas a la categoría de ciencia, y entre ciencias excelentísima, si el lenguaje no reconociese más norma que el uso, arbitrario a las veces y siempre variable? Sin duda que aquellos fantásticos y ya extinguidos proyectos de una lengua universal, así como este moderno empeño

de singularizar el habla como distintivo del hombre, andan fuera del círculo de la teoría que constituye soberano al uso, y bien examinados y traídos a sus naturales consecuencias, con ella rompen de frente.

Nadie, empero, que yo sepa, se ha tomado el trabajo de hacer estas o semejantes confrontaciones, encaminadas a determinar los grados de autoridad que al uso hayan de reconocerse; porque los filósofos han mirado la cuestión de saber cuál es la norma del lenguaje como cosa de poca monta, o como extraña a sus encumbradas lucubraciones, y propia y privativa de los filólogos; y los filólogos por su parte, o por temor de filosofar apartándose de los hechos, o por hábito irreflexivo, o por desdén mal fundado, en proponiéndose la cuestión, repiten de coro que el uso es la norma del lenguaje; atreviéndose tan sólo, los que más ahondan, al notar las absurdas consecuencias a donde podría llevarlos semejante doctrina, a interpretar lo que ha de entenderse por uso, poniendo así algunas justas, aunque no suficientes limitaciones, al bronco sentido absoluto de la sentencia.

\*

QUINTILIANO, tropezando con la dificultad que presenta la variedad de usos, en·

seña que por uso ha de entenderse el consentimiento de los eruditos, así como en punto de moralidad no hay otra costumbre respetable que aquella en que convienen los buenos. Saint-Martin y otros publicistas del presente siglo, trataron de sustituir la voluntad de los justos a la de las mayorías, y la soberanía de la virtud a la del pueblo, en la teoría de los gobiernos. De principios semejantes partía ya el sensato retórico latino tratando de determinar la norma del lenguaje; pero sin reñir, en apariencia, con la doctrina generalmente recibida, que admite como suprema ley la del uso. Quintiliano en puridad de verdad, concede a la erudición preeminencia sobre el uso, pero no en són de doctrina nueva, sino a guisa de quien interpreta y desenvuelve una fórmula sancionada, indiscutible.

CERVANTES, que en medio de su desembarazada naturalidad, y a vueltas de no infrecuentes descuidos, cultivaba la lengua nativa con tanto esmero y cariño; Cervantes, que no desperdiciaba ocasión de sembrar doctrina y filosofía en sus escritos, sólo en apariencia festivos y ligeros, mal podía suceder que más de una vez no hubiese meditado sobre la jurisprudencia del lenguaje, y que aquí o acullá no hubiese de-

clarado sus opiniones sobre el particular. Consignólas, en efecto, en la segunda parte del *Quijote*, poniendo, según acostumbraba, sus propios sentimientos en boca de los personajes que introduce, ¿Quién de vosotros no recuerda la severidad y dureza con que el héroe manchego corregía el hablar revesado de Sancho, motejándole de “prevaricador del buen lenguaje”? Y de aquí el diálogo interesante que se entabló entre el amo y escudero y el Licenciado, el cual interlocutor, a vueltas de otras razones, en que el autor del libro descubre su pensamiento, proclamó que “el lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majada Honda;—discretos, por que hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso.” Con la “discreción,” o como diríamos hoy, con los dictados de un criterio sano, limita Cervantes, por lo visto, la autoridad del uso, con la condición además, de que sea uso cortesano, aun cuando no lo fueren los que le siguen. Con saludables consejos previno el mismísimo D. Quijote a Sancho, para el buen desempeño de la gobernación de la ínsula, y fué uno de ellos que hablase con decoro, por lo cual le amonesta que en vez de ciertos

vocablos soeces se valga de otros no comunes, de institución latina. "Y cuando algunos," advierte, "no entiendan estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan, y esto es enriquecer *la lengua, sobre quien tienen poder el vulgo y el uso.*" Claro paréceme aquí, que por vulgo entendía Cervantes lo que hoy de ordinario llamamos *uso*, y por *uso* una cosa harto distinta, y aun contraria al uso propiamente dicho, esto es, la facultad que ha de reconocerse a los hablistas y escritores, de dar entrada franca a vocablos nuevos, con la forma y significación que según las leyes de formación de cada lengua, y las generales del pensamiento humano, hayan justamente de corresponderles (1). Pídalos la necesidad de los tiempos, cumplan con esas precisas condiciones, y Cervantes, por boca de D. Quijote, se anticipa a aprobarlos liberalmente, sin que importe que al principio no se entiendan por todo el mundo, que el tiempo se encargará de extenderlos y vulgarizarlos.

---

(1) En el siguiente pasaje de la comedia *El Rufián dichoso* (II, 1) entiende Cervantes por *uso*, el uso nuevo que deroga al antiguo, ya perfeccionando las artes, ora no sujetándose al arte. Habla la Comedia respondiendo a la Curiosidad:

"Los tiempos mudan las cosas  
y perfeccionan las artes;  
y añadir a lo inventado

FENELÓN, en la carta que dirigió a la Academia Francesa, después de asentar la soberanía del uso, la restringe en lo tocante a la lengua francesa, cual se hablaba en el dorado siglo de Luis XIV: "Los franceses, por punto general, aprenden su lengua por uso; pero *el uso adolece de defectos en todas partes*. Cada provincia tiene los suyos; París no está libre de ellos. . . . Aun las personas más cultas no aciertan a corregirse de ciertos resabios de elocución que en la infancia contrajeron en Gascuña, en Normandía, en París mismo, por el roce con domésticos" . . . . Añade que griegos y Romanos no se contentaban con aprender el habla nativa con arreglo sólo al uso, sino que, ya adultos, perfeccionaban aquellos conocimientos prácticos estudiando las reglas gramaticales, las etimologías, las acepciones metafóricas, el genio, en fin, y la estructura de la lengua. Ni vacila en recomendar a los escritores de nota que com-

---

no es dificultad notable.  
Buena fué pasados tiempos;  
y en estos, si los mirares,  
no soy mala, aunque desdigo  
de aquellos preceptos graves  
que me dieron, y dejaron  
en sus obras admirables,  
Séneca, Terencio y Plauto,  
y otros griegos que tú sabes.  
He dejado parte de ellos  
y he también guardado parte,  
porque lo quiere así el uso  
*que no se sujeta al arte.*"

pongan nuevas voces, eufónicas, e introduzcan expresiones, ya simples, ya figuradas, a fin de enriquecer y hermohear el idioma.

LITTRÉ, al entrar e internarse en el estudio de la historia de la lengua francesa, a que dedicó muchos años de su larga vida, no era posible que no sintiese la necesidad de resolver esta cuestión preliminar. Su doctrina a este respecto está consignada en el prefacio de su gran Diccionario. Allí establece que el uso contemporáneo es el principal objeto que ha de tener en mira quien se proponga formar el inventario general de las voces que componen una lengua viva. Pero confiesa enseguida, que el uso contemporáneo no lleva en sí mismo los títulos que le abonan, y que ni podremos explicarlo razonablemente, ni discriminar en él lo bueno de lo malo, si no recurrimos a un uso anterior, si no nos remontamos a los orígenes. “Una lengua viva, que pertenece a un gran pueblo y corresponde a un notable grado de desenvolvimiento social”, presenta, según Littré, tres términos que deben estudiarse: “1º *el uso contemporáneo*, propio de cada período sucesivo; 2º un *arcaísmo*, que en alguna época fué uso contemporáneo, y que ofrece la explicación y da como la clave de lo que apareció en seguida; 3º en fin, un *neologis-*

mo, que mal conducido altera, y bien conducido desenvuelve la lengua, el cual, corriendo el tiempo, llegará a ser arcaísmo él propio, y se consultará como historia y fase del idioma". Reconoce Littré la autoridad del uso; pero advierte que no ha de entenderse por uso el de determinado período o localidad, sino *el uso completo*, porque es éste el que lleva en sí mismo la razón que le explica y justifica. Pero el uso completo no es uso propiamente dicho, es la lengua misma, en el desarrollo histórico que ha seguido como cuerpo orgánico, desde sus orígenes conocidos hasta el punto en que la encontramos como lengua viva.

D. ANDRÉS BELLO define la gramática de una lengua "el arte de hablarla correctamente, esto es, conforme al buen uso, que es el de la gente educada". Sin violentar el pensamiento del autor, deduzco de aquí que hay un género de educación que purifica y acredita el uso. Guían a éste además, según el mismo filólogo, ciertos "procederes intelectuales", que se condensan y abrevian en los principios y fórmulas que constituyen la filosofía de la Gramática. Y en materias ortológicas admite y sustenta esta regla promulgada ya por la Real Academia Española, a saber: que cuando el

uso, o por ser vacilante, o porque empieza a perderse, no puede servirnos de guía para fijar la recta elocución y prosodia, hemos de referirnos y atenernos al origen, a las prácticas heredadas de la materna lengua latina.

Uno de vosotros (1), introduciéndonos al estudio de las modificaciones dialécticas que ha experimentado el castellano en estas regiones, es, que yo sepa, quien ha establecido en este negocio literario distinciones más precisas y atrevidas. Reconoce el autor de las *Apuntaciones críticas* la autoridad de Gramáticas y Diccionarios fieles a su instinto, en cuanto representan el uso, que “de tiempo atrás es reconocido por todos como árbitro, juez y norma del lenguaje.” Pero no sigue como única guía la del uso: son dos los fundamentos en que apoya sus decisiones, a saber: el uso, y la lingüística o ciencia del lenguaje, “base verdadera de la gramática general y criterio segurísimo, superior en cierto sentido a la autoridad, y su limitador, aunque también se le subordina en ocasiones”; si bien, por punto general, “se dan la mano y mutuamente se sustentan”. Considerad cuánto se menoscaba la ley de la costumbre,

---

(1) CUERVO, *Apuntaciones críticas*, Prólogo.

cuando a su lado se coloca, y aun a veces por cima de ella se levanta, el principio de la ciencia! Ya no es el lenguaje árbitro y juez, sino un poder equilibrado por otro poder; la monarquía absoluta, de tiempo atrás reconocida por todos, se convierte en gobierno templado y mixto. Y el uso mismo padece recortes: "necesario es distinguir entre el uso propiamente dicho, que hace ley, y el abuso, que debe extirparse. Son notas del primero el ser respetable, general y actual. . . . En materia de lenguaje jamás puede el vulgo disputar la preeminencia a las personas cultas; pero también es cierto que a la esfera de las últimas puede trascender algo del primero en circunstancias y lugares especiales." El sabio Hartzénbusch llamó "atinados" estos principios; "juiciosa, oportunísima, sólidamente fundada" la doctrina de nuestro compatriota.

*(Continuará)*

---

Un pueblo confederado, es un pueblo organizado para la paz.

PROUDHON.

## **La tradición federalista francesa**

El federalismo más que una teoría del Estado, es una filosofía de la vida. Es

un orden. Del *Principio federativo de Proudhon* se ha dicho que es una concepción personal, jamás realizada en la historia. Proudhon mismo asignaba su federalismo como término de la evolución humana, necesitada de larga educación preparatoria. En esa concepción, singularmente sólida y majestuosa, se puede afirmar que desde 1860 se han inspirado los teóricos del federalismo francés.

Proudhon le dió al derecho público el apoyo del derecho económico. Los regionalistas encuentran en el sistema de Proudhon la división "en provincias independientes, soberanas, o que por lo menos se administran ellas mismas, disponen de una fuerza, de una iniciativa y de una influencia suficientes para garantizarse recíprocamente." Y en cuanto a las naciones, Proudhon entrevió la Sociedad de las Naciones: "formar grupos medianos, respectivamente soberanos y unirlos por un pacto de federación."

Para Quinet, Francia debía recuperar su genio, primeramente, en la revisión de la tradición nacional antes y después de la Revolución. Louis Xavier de Ricard fué a buscar los orígenes de su federalismo en la tradición latina que él oponía a la tradición cesárea. Federal era

la Galia que conquistó, centralizó y unificó Julio César. Federalista el movimiento de las comunas que burguesía y monarquía confiscaron para su provecho. Federativo, era en gran modo, el antiguo Estado francés, y que los reyes, a partir de Luis XI trabajaron por transformar en Estado unitario, sin lograrlo completamente, lo que explica la supervivencia de las "libertades" en la víspera de 1879. En la Revolución francesa, los "cahiers," los batallones de "federados", la fiesta del 14 de julio de 1790, ¿qué son sino triunfo de la idea federal?

La tradición nacional además de en los hechos se halla también en los libros. Sully y el abate de Saint-Pierre vislumbraron la futura Sociedad de Naciones, la confederación europea. Montesquieu, en magnífico elogio del federalismo, le definió felizmente: una *Sociedad de Sociedades*. J. J. Rousseau, que redactó un proyecto de constitución para Polonia, le aconsejaba "el sistema de gobiernos federativos." Augusto Comte soñó que su doctrina realizaría la unidad moral de la humanidad, y Tocqueville propuso a la democracia el ejemplo de la América federal. Poudhon mismo se encontró an-

tecesores en los galos confederados, en los comunialistas medioevales, en los Girondinos de 1793.

En 1894, Maurice Barrés, director entonces de la *Cocarde*, congregó en París un congreso federalista internacional. En las discusiones se advirtió cómo la palabra federalismo cubría concepciones diferentes. Para los unos, un federalismo, sobre todo, de *lugar*, impuesto por necesidades naturales, que debe evolucionar en el ámbito de la nación. Para los otros, un federalismo de *categorías*: las clases se federan, en virtud de sus intereses de clases. Para otros, libre agregado de voluntades individuales, que permiten modificaciones constantes al gusto de esas voluntades. Los unos eran tradicionalistas y nacionalistas, los otros internacionalistas y revolucionarios. Los unos pedían un monarca como protector y presidente de repúblicas francesas; los otros veían en el federalismo un sistema esencialmente democrático y republicano. Y el único punto de acuerdo entre ellos fué EL ODIÓ A LA EXCESIVA CENTRALIZACIÓN, el deseo de la autonomía.

La Comuna fué en su primer período, netamente federalista, como se puede

comprobar en el poco conocido manifiesto del 19 de abril de 1871. Refiriéndose a ella, Pi y Margall, decía, no haberse visto jamás igual explosión de federalismo.

Hacia 1877, el grupo del cual era ánima Louis Xavier de Ricard, el de la *Alouette* y el de la Alianza latina, predicaba una federación latina entre todos los pueblos hijos de la civilización mediterránea. Pero no es sólo el panlatinismo lo que los franceses tratan de erigir frente al pangermanismo o del panslavismo. Ya en 1838, Hersart de la Villemarqué concurre al país de Gales, a la Eistedfod d'Abergavenmy, a donde Lamartine envió un bello poema, a reanudar las tradiciones Comunes a los Celtas. Se repitió la tentativa en 1867 en Saint-Brien, y en 1899 en Cardiff, y hasta 1907 celebráronse congresos panceltistas.

En el Mediodía, Mistral es federalista en *Calendau*, y Jean Carrere intentó una Federación de las Ciudades del Sur.

Tal persistente tradición federal, permite, sin renegar de los orígenes, y desde un punto de vista puramente nacional, examinar el problema de la Sociedad de las Naciones.

Un federalista francés, heredero del pensamiento de Proudhon, estimará, lo primero, que, según la fórmula del Presidente Wilson, la Sociedad futura debe ser una sociedad de pueblos y no una sociedad de gobiernos; y reconocerá por definición (sin ocultarse las dificultades que a su aplicación surgirán) ese libre "derecho de los pueblos a disponer de sí mismos," y el respeto a las pequeñas nacionalidades; y pondrá, como base de la federación europea y mundial, la federación primaria.

Los federalistas franceses no acompañan todos, sin duda, a M. Vazeille, que sostiene la necesidad de dividir a Europa en sesenta u ochenta pequeños Estados, de importancia igual a Suiza, para asegurar la paz en Europa.

La mayor parte de los federalistas franceses están por la federación de dos grados: federación dentro de cada gran Estado y, luégo, federación de Estados, grandes y pequeños.

CHARLES BRUN

*La Nouvelle Revue*, 10 de Mar. o de 1917.

## La divinización del padre

El mormonismo es una religión de zarzuela sicalíptica, y yo no me explico cómo es que el Sr. Lleó no la ha puesto ya en música.

*Los mormones  
son unos pirandones...*

Y luégo:

*¡Ay qué mormones!*

*¡Ay qué mormones!*

Sin embargo, los ingleses no toman el mormonismo tan en broma. En Inglaterra hay ochenta templos mormonistas. Los agentes de propaganda vienen aquí y se llevan las *girls* inglesas a orillas del Lago Salado. El Parlamento se ha ocupado ya de la cuestión, y la Prensa la trata muy a menudo.

Los mormones son polígamos, como se sabe. Según ellos, cada mujer está rodeada de espíritus que quieren nacer a la vida humana. Por eso cada hombre debe tener varias mujeres, a fin de poder lanzar todos los años unos cuantos espíritos al mundo. Un mormonista es tanto más santo cuanto más hijos tiene, y en fuerza de tener hijos puede llegar a

ser dios de los mormones. Frank Russel, autor de un estudio muy interesante sobre el asunto, dice: "Esta idea teológica es idéntica al sistema político de los americanos. En los Estados Unidos, cada ciudadano es un posible presidente y cada mormón un posible dios." El mismo escritor insulta al dios de los mormones, llamándole *lustful*, que quiere decir impúdico. Indudablemente no es un prodigio de castidad, pero esto no importa. Es un dios alegre y prolífico, que le da trabajo a los redactores del *Bailly Bailliére* del Lago Salado. En Francia, por ejemplo, ya harían falta algunos templos y algunos sacerdotes mormónicos para aumentar un poco el censo municipal. Todos los periódicos franceses se ocuparon no hace mucho de un carpintero que había tenido seis hijos, y *Le Petit Parisien* decía: "*Un morceau de ruban ne ferait pas mal dans la boutonnière de ce brave homme.*" En el fondo, esto es mormonismo puro. Si se condecora al padre de seis hijos, no se está lejos de reconocer dios al padre de cincuenta y siete.

Yo no sé si hace falta un poder divino para tener cincuenta y siete hijos, o si bastará simplemente el uso del cinturón

eléctrico: pero si no se es dios por el hecho de enviar tantas criaturas al mundo, se puede ser, indudablemente, por el de mantenerlas. Hace falta una fe que no desmerece en nada de la de los primeros cristianos.

Thomas Maybank cuenta la historia de un mormón que había llegado a tener cuarenta y tres hijos. Su importancia era grandísima entre los mormones. Estaba ya a dos dedos de la divinidad. Un día se demostró que ni uno solo de los cuarenta y tres hijos le pertencía y que todas sus mujeres le eran infieles. La fe mormónica sufrió entonces un gran quebranto.

¿Por qué le harán los ingleses una oposición tan seria a las propagandas mormónicas? En Inglaterra hay un exceso de mujeres. Casando a cada hombre con una mujer, quedará siempre un enorme sobrante de inglesas solteras. No hay más que un recurso, y es la poligamia. Ya que no sea posible arbitrar un marido para cada mujer, que cada marido se divida entre dos. La medida es un poco *shocking*, pero necesidad no tiene ley.

JULIO CAMBA

## fragmento

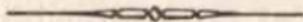
(Selección de Eremita)

Nada más importante al progreso que la interpretación de la libertad, que viene a ser la que lo dirige, puesto que ella es la guía de la actividad humana. Cicerón nos dejó de la libertad una definición llena de sabiduría: es el poder de obrar y de vivir como quiere la voluntad, pero no como desea el apetito. Aquí el orador revela un conocimiento profundo de nuestra naturaleza; en efecto, la independencia jamás es dada a la inteligencia, a la voluntad ni a las fuerzas del hombre. De tal suerte nos hallamos constituídos, que cuando dejan de obrar sobre nuestras facultades el bien y la verdad, al punto quedamos sujetos al mal y al error; la independencia absoluta es un estado imposible como el de un cuerpo libre de toda atracción, y cuando fuese realizable sería la negación de la actividad o del progreso. Esto que acontece en el ser íntimo de cada hombre, acontece del propio modo en la conducta de las sociedades; hombres y pueblos, o sirven a la razón, cuyos dictados

constituyen la voluntad, o sirven a la pasión, que es el apetito ciego. En el segundo caso son esclavos, en el primero son libres.

Conforme a lo cual, deben distinguirse con todo cuidado y defenderse con todo interés el albedrío y la libertad, ambos atacados por la moral moderna: el primero es la capacidad de buscar la perfección o de apartarse de ella, es la lucha en la cual consiste el mérito; la segunda es el estar bajo la ley exigida por la civilización y la ausencia de todo lo que estorbe la atracción que nos inclina a lo perfecto. Síguese de aquí que cuanto más definida y clara sea la ley de la verdad y del bien, la libertad crece y el progreso cobra mayor desarrollo.

MARCO FIDEL SUÁREZ



Cuando escribí en el cuaderno 18 algunos renglones contra el cierre total de las boticas en los domingos, no sabía yo que una espantosa epidemia iba a desolar el país.

Hoy no tengo palabras para reprobar la conducta de los farmacéuticos que no supieron renunciar al *descanso* en los momentos de mayor tribulación.

Por lo que me toca personalmente, háganme mis amigos la justicia de no olvidar jamás que no soy farmacéutico; que estudié para químico en Francia y que mis maestros supieron todos mantenerse EN SU PUESTO DE HONOR durante el sitio de París de 1870.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

# IMPRESA GREÑAS

Calle 4.<sup>a</sup> Sur, entre Avenidas 4.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup>

A 125 varas del Parque Central



Impresiones de toda clase

Especialidad en

TRABAJOS COMERCIALES